

Poblaciones blancas en el pacífico: historia y vigencia

Stella Rodríguez Cáceres
Antropóloga

PRESENTACIÓN

Este ensayo tiene como propósito enfocar la historia y el asentamiento de las tierras bajas del Pacífico colombiano por parte de núcleos poblacionales fenotípicamente blancos. Me refiero al caso específico de los culimochos, categoría local para nombrar a este pueblo que se asentó en la costa norte del departamento de Nariño desde finales del siglo XVIII. El texto presenta resultados parciales de mi monografía titulada Piel Mulata, Ritmo "Libre", Identidad y Relaciones de Convivencia Interétnica en la Costa Norte de Nariño. Esa investigación versa sobre las relaciones que se ha tejido entre los libres (categoría local con que se autodenominaron los afrodescendientes) y culimochos, a partir de la identidad que cada uno de los pueblos ha forjado, y del aprendizaje mutuo de saberes, intercambio de técnicas y ritmos. En la primera parte de este artículo menciono las generalidades del poblamiento en el Pacífico sur, para luego concentrarme en el caso específico que propon-

go y las razones que permitieron que el asentamiento de los culimochos haya permanecido hasta hoy.

Siempre que se piensa en el Pacífico, éste se asume como poblado exclusivamente por afrodescendientes e indígenas. Para muchos escuchar que en la costa pacífica colombiana existen actualmente núcleos de población fenotípicamente blancos cuyo asentamiento lleva más de doscientos años suele generar sorpresa.

La razón de esta extrañeza reside en que se halla muy difundida la idea que a partir de 1851, con el proceso de la abolición de la esclavitud, el cual acentuó la disolución de la sociedad colonial; la población blanca constituida por propietarios de minas, funcionarios y religiosos, entre otros, emigró hacia Pasto, Cali y Popayán, mientras que la población negra consolidó su asentamiento en los territorios del Pacífico, región que se constituyó al margen del proceso de conformación nacional. Incluso centros administrativos tan importantes como Barbacoas e Iscuandé también se vieron abandonados del interés estatal (De Granda, 1977: 84).

La existencia actual de núcleos poblacionales blancos en la costa nariñense desmienten la anterior noción, su presencia sirve para matizar las relaciones entre dominados y dominadores, a la vez que permite problematizar la división tajante entre descendientes hispanos y africanos.

GENERALIDADES DEL POBLAMIENTO DEL PACÍFICO SUR

Aunque el mar del sur fuera “descubierto” tempranamente por Vasco Nuñez de Balboa en 1513, fue tan sólo hasta mediados del siglo XVII, con el advenimiento y establecimiento del segundo ciclo de la minería (1680-1800) (Colmenares, 1979), que los primeros asentamientos españoles lograron estabilizarse en la hoy región pacífica colombiana (Merizalde, 1921 y Yacup, 1976).

El proceso del poblamiento estuvo animado por la conjunción de intereses económicos promisorios tales como la existencia de ricos yacimientos auríferos y la población nativa

conformada por indígenas barbacoas, telembíes e iscuandés, la cual aseguraba mano de obra para la explotación minera (ibid).

Para el caso del sur del Pacífico, Barbacoas, Iscuandé y Tumaco fueron los lugares que reunieron estas características y “[...] constituyeron un triángulo histórico y socio-demográfico en cuyas características, especificidades y mutuas influencias, reside la clave para comprender el proceso de poblamiento ocurrido” (Almario y Castillo, 1996: 66).

Cada una de las tres poblaciones en cuestión, estuvo sometida a sus propias particularidades histórico – poblacionales, que obedecieron en parte, a la ubicación geográfica de cada una (ibid).

Por ejemplo durante el periodo colonial, Tumaco funcionó como puerto de segunda categoría y escaso movimiento entre Guayaquil y Panamá (ibid). Bañada por ríos muy cortos que no facilitaban la comunicación con el interior y pobre en oro (Hoffmann 1999: 21), se desarrolló una sociedad escasa de dirigentes blancos y esclavos. A cambio, había mucha gente libre. Después de la primera mitad del siglo XIX, la condición de puerto secundario se invirtió, convirtiéndose en una importante ciudad después de Buenaventura (Almario y Castillo, 1996).

En cambio, durante la colonia Barbacoas e Iscuandé fueron prósperas ciudades y habitación de selectos núcleos de blancos que después de los procesos de independencia cayeron en decadencia, mientras surgían otros centros urbanos como Guapi y El Charco.

La primera fundada en 1620 con el nombre de Santa María del Puerto de Barbacoas se vio favorecida durante la época colonial, por su estratégica ubicación cercana tanto a los centros urbanos y andinos como Ipiales, Quito y Pasto, como por su proximidad por vía ribereña al mar, “[...] y con amplias riquezas auríferas del Telembí, fue la mítica “Ciudad del Oro” y residencia de notables familias pastusas. En Barbacoas habitaban los

sindagua, quienes a pesar de haber resistido y combatido, tuvieron un rápido descenso, y como consecuencia de ello se aceleró la introducción de los esclavos negros y la avanzada minera en las costas del Pacífico (Orbes, 1957 citado por Almario y Castillo, 1986).

Finalmente, Iscuandé, el otro punto que conformó este triángulo sociohistórico, tenía ricos yacimientos mineros y se encontraba mucho más próxima al mar que Barbacoas (Almario y Castillo, 1986). No hay consenso respecto a su fecha y lugar de fundación, para De Granda (1977: 83) fue fundada bajo el nombre de La Paz del Espíritu Santo del río Iscuandé en 1612, mientras que para Zambrano y Bernard (citados por Almario y Castillo, 1996: 71), el puerto sobre el río fue fundado en 1600 como Santa Bárbara de Iscuandé. Quizás éstas diferencias tengan que ver con que la población hubiera tenido que ser reubicada en más de una ocasión, por fenómenos naturales (Almario, 2000), y debido a los constantes ataques de piratas hasta quedar en su actual emplazamiento siete leguas más adentro del original puerto de Carrizo (Merizalde, 1921: 105). Como ha indicado West (1957) los establecimientos mineros que se basaban en la minería de aluvión eran abandonados después del agotamiento de sus depósitos, por lo cual sus vecinos se movilizaban hacia otras localidades en pos de nuevas búsquedas. Con seguridad, Iscuandé no fue la excepción, más adelante retomo su particular desarrollo para explicar la permanencia de familias blancas en la región.

Los núcleos poblacionales que se establecieron en el litoral, durante la colonia eran dispersos y estaban articulados principalmente a la actividad minera. Así, se conformó un modelo de poblamiento circunscrito a unos puntos por lo general móviles en torno a unos cuantos ejes en los cursos medios y altos de los ríos y quebradas auríferas (Almario y Castillo, 1996).

Desde mediados del siglo XVII, en el pacífico sur, Santa María de las Barbacoas, Santa Bárbara de Iscuandé y Guapi, se consolidaron como ejes alrededor de los cuales funcionaban los diversos reales de minas. Las poblaciones auríferas se contactaban con los centros coloniales andinos como Popayán y Pasto por medio de caminos que atravesaban la cordillera o navegando por el río Patía (ibid).

El poblamiento se articuló a un modelo centrado en la extracción aurífera mediante cuadrillas de esclavos, pero, desde finales del siglo XVII, y a lo largo del XVIII, se fue consolidando una población “libre” que paulatinamente se dedicó a otro tipo de actividades económicas y exploró otros ámbitos del ahora Pacífico colombiano. Se inició así un modelo de poblamiento diferente, el cual se impuso definitivamente, en el siglo XIX, con la abolición jurídica de la esclavitud, el crecimiento poblacional y la presencia de otro tipo de auges económicos (Aprile-Gnisset, 1993: 12; Mosquera, 1993: 499). De hecho, el poblamiento del Pacífico ha estado orientado, la mayoría de las veces, por los ciclos extractivos de productos como el caucho, la balata, la tagua, las pieles y el camarón.

Estas actividades económicas extractivas, iniciadas desde mediados del siglo XIX, impulsaron en parte el movimiento poblacional que ha configurado la actual presencia de los descendientes de esclavos africanos y de los propios culimochos en las diferentes zonas ribereñas, estuarinas y costeras del Pacífico colombiano, subvirtiendo el modelo colonial circunscrito a los centros mineros y sus reales de minas (Aprile-Gnisset y Mosquera, 1993).

Tanto el agotamiento de recursos como los ciclos climáticos, obligaron a que las cuadrillas, en el caso del oro, fueran muy móviles y esta circunstancia llevó a que los pequeños centros poblados no fueran de carácter permanente. Pero más allá de eso, a que los esclavizados desarrollaran un intenso reconocimiento ecológico selvático y ribereño (Ro-

mero 1991). “[...] Tempranamente, entonces, se fue formando una memoria cultural y ambiental en los grupos esclavos”(Almario y Castillo, 1996: 70).

Estas experiencias exploratorias y adaptativas ambientales debieron preparar a los esclavizados que tomaban como camino la huida o el cimarronaje que fue usado en casos extremos, como la manera más radical de expresar su descontento frente a los malos tratos, la necesidad de proteger sus derechos consuetudinarios o simplemente ser libres fuera del yugo del esclavizador (Mc Farlane, 1991).

Muchos de estos libres optaron por aventurarse hacia las tierras bajas del litoral. Se fueron organizando en grupos de mazamorreros, al principio conformados por grupos familiares, que luego iban vinculando a otros libres y también a cimarrones. Se dedicaban a actividades mineras y tenían cultivos y relaciones comerciales con otros grupos vecinos (Romero, 1991: 120). Estos mazamorreros trabajaban desde el siglo XVII en los terrenos ya labrados por cuadrillas de esclavos, y hacia el siglo XVIII se asentaron en los intersticios de las minas de los esclavistas, donde su permanencia se legitimaba a partir del pago de un tributo y más adelante de una matrícula, independientemente de su producido (Ibid : 121). A pesar de su legitimidad, tuvieron enfrentamientos con los dueños de minas. Ellos los veían como una amenaza a su poder y estructura social, tanto por las relaciones que se creaban entre esclavos y libres, vistas como “mala influencia” para los primeros, como por su relación con el comercio de tabaco y aguardiente, pues era patrocinio de bailes y borracheras sin ningún control social ni moral. Sin embargo, la conformación física de estos nuevos poblados, seguía los lineamientos de los reales de minas, con capilla y asistencia de un cura (ibid : 122).

Con la abolición del sistema esclavista en 1851, se aceleró la migración hacia las zonas bajas y costeras, hasta antes sólo puntualmente exploradas y todavía no ocupadas. La paulatina consolidación de un núcleo poblacional de libertos y cimarrones

denominado *libre* durante el siglo XVIII y hasta mediados del siglo XIX fue una de las consecuencias demográficas más importantes para el Pacífico colombiano (De Granda, 1977: 47, 48 y West, 1957: 103,104). Sin duda alguna esta aventura desde las riveras auríferas hacia las tierras bajas de la costa también fue emprendida por los ancestros de los culimochos que actualmente la pueblan. Es importante anotar que con la finalización del periodo minero esclavista, no sólo los grupos negros hicieron estos desplazamientos hacia las tierras bajas. Sabemos que con la declaración jurídica de la abolición de la esclavitud que entró en vigencia a partir de 1852 se acentuó la disolución de la sociedad colonial, pues la “capa directiva blanca” que dominaba en la zona emigró hacia los centros urbanos andinos como Pasto, Cali y Popayán (De Granda,1977: 84). No obstante, algunas personas permanecieron en a zona vinculadas a actividades económicas completamente diferentes a la extracción minera con mano de obra esclava, desarrollando un modelo cultural particular lleno de intercambios con quienes antes fueran esclavos. Lo más posible es que los culimochos emprendieran una migración desde Iscuandé hasta la línea costera asentándose en playas y firmes en medio de esteros, atraídos por las condiciones favorables ofrecidas por el ecosistema de manglar, como abundancia de recursos y la facilidad de transporte que representa el mar.

EL ENFOQUE ANTROPOLÓGICO: A QUIÉN INCLUYE

La población blanca que hoy habita el Pacífico ha sido más bien excluida de los enfoques antropológicos, debido a que es vista como carente de identidad étnica o de tradición ancestral; tan sólo se la ha percibido en calidad de descendientes de familias adineradas que habitaron los centros esplendorosos de la minería de antaño como Barbacoas, Nóvita o Citará; hijos de antiguos terratenientes, esclavistas, dueños de minas y extranjeros que han permanecido en la región, pero ya sin el mismo poder económico; o aquellos que han ido modernizado sus medios de producción para mantenerse en una economía de fron-

tera de acuerdo con diferentes auges cómo los del caucho, la balata y la tagua.

Es decir, que paradójicamente su exclusión académica corresponde con su "inclusión" en la sociedad nacional mestiza; aunque regionalmente son una minoría, ellos son los "no - diferentes". Obviamente no se puede encasillar a toda la gente blanca como una población homogénea. Su presencia pocas veces matizada incluye desde serranos, paisas, y culimochos con ocupaciones tan variadas como compradores de oro, ganaderos, narcotraficantes, marinos, guerrilleros, carpinteros, pescadores, industriales agrícolas y colonos entre otras.

Para la academia, la población blanca ha sido la poseedora del poder político y económico, heredera de los prejuicios raciales coloniales, y dueña del comercio de la zona; pero poco han sido exploradas las relaciones entre blancos, indígenas y afrodescendientes, en donde no esté involucrado el poder, como eje que las atraviesa (Pardo, 1996). Quizá ello obedezca al tradicional enfoque antropológico que se ha dedicado a la investigación de cuadros culturales únicos y perfectamente distinguibles, que resaltan las identidades esencializadas obviando las relaciones de interdependencia mutua que se han ido estableciendo entre diversas poblaciones.

Cierto es que la formación colonial tuvo una marcada división "socio - racial" del trabajo, donde el universo de posibles actividades económicas de los individuos en el espacio social se encontraba atravesado por una adscripción "socio - racial".

Los pocos residentes blancos del litoral pacífico administraban las minas propias o ajenas, eran funcionarios de La Corona, pertenecían al clero o se desempeñaban como comerciantes.

Los indígenas fueron reducidos a encomiendas o corregimientos de indios, cerca de los centros mineros o reales de minas, obligados bajo la modalidad de pago de tributo, a

sembrar fundamentalmente maíz y plátano con el objeto de alimentar a las cuadrillas dedicadas a la extracción del mineral, (West, 1957: 90, 93). Del mismo modo, la fabricación de canoas o la construcción de viviendas estaban también vinculadas a las actividades propias de los indígenas o corregimientos de indios con el objeto de hacerles pagar el tributo.

Finalmente, los esclavizados bozales (traídos de África) o criollos (nacidos en América) fueron, destinados exclusivamente a las labores en los reales de minas, agrupados en las cuadrillas existentes a lo largo de los cursos de los ríos donde se hallaban los yacimientos de aluvión.

No obstante, dentro del sistema colonial de castas, la división entre dominados y dominadores no estuvo totalmente polarizada (Colmenares, 1979:129). La escala socio-racial estuvo matizada por comerciantes, mercaderes de carrera, artesanos, labradores, mestizos, libres, pequeños propietarios, o arrendatarios agrícolas, cosecheros y blancos desposeídos como muleros ó vaqueros. Es posible que la presencia de estas personas estuviera más vinculada con el comercio que con la extracción de oro. En mi opinión, esta salvedad es de suma importancia para el propósito de este ensayo.

LOS CULIMOCHOS

Teniendo en cuenta esta acotación, el lector puede introducirse en el caso específico de los culimochos. Una población de piel blanca, asentada desde finales del siglo XVIII en las playas de La Vigía, Los Mulatos, Amarales, San Juan de La Costa y las desaparecidas playas de Boquerones, Los Reyes, Domingo Ortíz y La Loma. Desde su llegada a la costa, este pueblo se adaptó a las condiciones ambientales locales, dedicándose a la pesca, la agricultura y la arquitectura naval, ésta última actividad les ha dado gran reconocimiento en el ámbito regional, al igual que el ser competentes en la interpretación de bombos,

cununos, marimbas y guasas para componer ritmos como currulaos y arrullos, todos ellos aprendidos del libre.

A pesar de que la bibliografía sobre este pueblo ha sido escasa, muchos son los relatos que sobre su historia se han tejido. Desde ser descendientes de vikingos, de origen vasco, hasta náufragos de un gran galeón del siglo XVII que perseguido por piratas encalló en un estero. Estas versiones son narradas tanto por los libres cómo por los propios culimochos y confieso que lograron desorientarme a la hora de iniciar mi pesquisa sobre el poblamiento de las playas. Sin embargo, la búsqueda que realicé en el Archivo Central de Cauca me permitió concretar que ellos son descendientes de los pobladores del antiguo distrito minero de Iscuandé.

Esta indagación la hice a partir del rastreo de los apellidos de las familias que tradicionalmente han vivido en la playa, los cuales se han mantenido gracias a la marcada endogamia de la cual los culimochos han hecho ejercicio, con el fin de mantener su fenotipo libre de mestizaje.

La intención de crear estos relatos residió por un lado en acentuar un estatus de diferencia con respecto a las poblaciones negras que les rodeaban, una estratificación social que se sumaba al hecho de ser blancos. Por otra parte, intentaban separar su historia de la explotación aurífera y la esclavitud, para estar a tono con el discurso local; asimilando en la figura del colonizador español la representación de usurpador, villano, ladrón y explotador. Así fue como marcaron una distancia de esa imagen, narrándose a sí mismos como nobles y ajenos al auge minero. Por esta razón, en sus narraciones la llegada a estas playas fue de cierta manera algo accidental.

ISCUANDÉ: AUGE Y DECADENCIA

El particular desarrollo de esta villa es clave para la comprensión del poblamiento y la actual permanencia de los culimochos en Nariño. En un principio, Iscuandé no fue un dis-

trito independiente; por el contrario era un anexo minero de Barbacoas, la ciudad privilegiada por excelencia del Pacífico sur durante el dominio colonial. Debido a su pésima localización respecto al mar, los mineros de Barbacoas se vieron en la necesidad de fundar un puerto que, dependiendo políticamente de Barbacoas, estuviera más cerca al mar y a sus consiguientes ventajas. Este fue el origen de Iscuandé (Almarío, 2000).

La importante producción de oro de Iscuandé la llevó a convertirse en un núcleo administrativo, al cual estaban sujetos los campamentos mineros del área rural, sobre ellos tenía jurisdicción política, religiosa y económica (Oliveros y Cárdenas, 1984). El Padrón general del gobierno de Popayán hecho en el año de 1797 muestra además que

[...] la jurisdicción de esta ciudad comprende el río de su nombre, el Tapaje, y otros que desembocan a la mar del sur donde hay playas que se denominan San Juan, Bracito del Patía, Majagual, Caballos, Tierra Firme Grande, Guascauna, Sanquianga, Mulatos, Boquerones, Los reyes, Amarales y Pangamosa (Tovar et al, 1994: 330).

Tener jurisdicción sobre esa área rural le implicaba también ser su foco abastecedor, a lo cual le ayudaba la posibilidad de comunicación permanente mediante la navegación fluvial interna, donde islas aluviales y agrupaciones de manglares rodeados por el agua de bocanas, esteros y brazos del ríos influenciados por la marea, forman una especie de delta ininterrumpido, que permite el tránsito de un río a otro sin necesidad de aventurarse en mar abierto (*ibid*).

Iscuandé fue entonces, un importante puerto al cual llegaban no sólo las mercancías necesarias para el funcionamiento de las minas como sal, carnes, víveres, hierro acero, brea y textiles (*Ibid*), sino también selectos bienes materiales como vajillas, ropa, muebles, quesos y vino para la minoría blanca que allí habitaba (De Granda, 1971: 464). Algunas eran familias de

¹ Apellidos que siguen teniendo tradición no sólo en Iscuandé sino en Mulatos y Vigía, tal y como lo constaté con mi trabajo de campo.

apellidos Portocarrero, Estupiñán, Reina, Satizabal, Olalla, y Salas, entre otros¹ (De Granda, 1977: 87) propietarios de minas, funcionarios estatales, oficiales de Hacienda, sacerdotes y comerciantes (Ibid).

El desarrollo del comercio, estuvo estrechamente vinculado con la actividad minera, y obedeció a la ubicación estratégica del puerto de Iscuandé dentro de las rutas de comercio del Pacífico (Oliveros y Cárdenas, 1984).

La ubicación intermedia de Iscuandé entre Guayaquil y Panamá, logró que el puerto fuera sitio obligado para el arribo de los navíos que desde El Callao y Guayaquil iban hasta Buenaventura, y los que iban de Panamá para el Perú (Ibid). Además, logró conexiones comerciales con Tumaco, Esmeraldas, Guapi y Buenaventura. Otro factor que durante la primera mitad del siglo XVIII benefició el comercio por la costa pacífica fue el cierre del comercio por el río Atrato como respuesta al contrabando. Tenían autorización tan sólo los puertos de Buenaventura e Iscuandé para recibir las mercancías llegadas desde Panamá (Colmenares, 1976: 331).

Fue así como el comercio marítimo le permitió a Iscuandé desarrollarse con independencia de Barbacoas. Alcanzando la jurisdicción de una gran área rural. En la actualidad dicha actividad económica, -cómo constaté con mi trabajo de campo sigue caracterizando a los pobladores blancos de la región, al igual que la construcción de embarcaciones de mediano y pequeño calado que han facilitado la salida de productos mineros, forestales, agrícolas y recientemente marinos.

Para Almario (2000), comprender la paulatina autonomía que Iscuandé logró de Barbacoas como un fenómeno continuo, permite explicar y comprender sus diferencias. Un ejemplo es que durante el momento de la crisis de la Independencia, Barbacoas asumió una posición realista e Iscuandé una patriótica, así como las consecuencias inmediatas y posteriores (Ibid).

El auge de esa población fue efímero, dado por un momento coyuntural en el proceso de conformación del territorio nacional y cayendo rápidamente en el olvido. Su influencia también disminuyó porque al separarse Colombia de Ecuador, las relaciones eminentemente comerciales que controlaba dejaron de ser de gran significado en el ámbito costero, y fueron otras ciudades y otros auges los que vinieron a ocupar su lugar, como Cali y la apertura de una navegación más estable por el río Magdalena (Oliveros y Cárdenas, 1984: 95).

Es así, como, alejados del gran centro urbano de Barbacoas y de la tutela de la sierra (Pasto y Quito), los pobladores de Iscuandé fueron forjando una identidad local adaptada a las condiciones ambientales. Allí, se combinaban, además de las explotaciones mineras, las prácticas ribereñas de la pesca y la agricultura y las de los frentes de playa y su entorno de manglar. Estos núcleos blancos debieron optar poco a poco por la vida en la costa, aunque sin romper los nexos familiares y políticos con los mineros que controlaban el cabildo de Iscuandé (Almarino, 2000).

En síntesis, al empezar a poblar la costa se alejaron de la esclavitud; y se vieron obligados a compartir las prácticas de producción, los ritmos de vida y las modalidades de aprovechamiento del entorno que la mayoría negra (libertos, manumisos, descendientes de esclavos) ya ejercía. Al mismo tiempo, mantuvieron unos marcadores de identidad muy fuertes con cholos y libres en otras prácticas como, la música, los mitos, la culinaria, las creencias y la estructura familiar, que aún son legibles etnográficamente.

Como se sabe el primer vínculo de la región con la economía colonial consistió en la apertura de la frontera minera (Leal 1998). La consolidación del llamado “Segundo ciclo del oro” entre 1640-1800 (Colmenares, 1989 en Leal, 1998) atrajo la llegada de los españoles a las tierras bajas del Pacífico, quienes explotaron estas riquezas usando mano de obra esclava proveniente de África hasta que comenzó el proceso de abolición de la esclavitud, el

cual precipitó una rápida migración de la “capa directiva blanca” de la región hacia ciudades como Pasto, Popayán y Cali (De Granda 1977). Entonces ¿Cómo y qué se queda haciendo un grupo de gente blanca en el pacífico sur, ante la imposibilidad de usar mano de obra esclava ?

La respuesta implica dos acotaciones. Por un lado la “capa directiva blanca” emigró, quienes se quedaron ya no hacían parte de ese grupo reducido. Segundo, al no poder contar con esclavos, a la vez que la producción minera disminuyó, ésta gente debió forjar una identidad local adaptada a las condiciones ambientales, y vincularse a actividades como la agricultura, la pesca, la carpintería naval y el comercio, incluso mucho antes de la abolición de la esclavitud, pues la producción aurífera había descendido por la ausencia de mano de obra esclava, desde el primer cuarto de siglo XIX

Entrado el siglo XIX los propietarios de minas disminuían mientras que la población catalogada como jornaleros y labradores aumentaba. Así lo demuestra el Registro formado para la exacción de los tres impuestos de Iscuandé que en 1829 contaba con 679 habitantes. Según este documento la población se hallaba discriminada por oficios así: 190 mujeres dedicadas a su oficio, 253 jornaleros, 169 labradores y tan sólo 2 mineros, entre otros. Según el mismo documento, *jornalero* es “toda persona que para subsistir necesariamente, debe prestar sus servicios a otro”, mientras que *labrador* es “todo hombre de mediana fortuna capaz de subsistir sin someterse al dominio de otro” (ACC, Sig 2709).

Así, cuando se decretó la abolición de la esclavitud, la producción minera ya se hallaba debilitada y muchos de los esclavos ya no lo eran por su participación en las guerras de independencia. Iscuandé ya había entrado en periodo de decadencia y los blancos que se quedaron bajo esas condiciones comenzaron a compartir con libres y cholos actividades de producción, ciclos de vida y modalidades de aprovechamiento del entorno. Sin embargo, con respecto a esos dos pueblos, los

culimochos también delimitaron su identidad profundizando aquellas prácticas que les eran propias: la navegación de cabotaje, la arquitectura naval y el aprovechamiento de los recursos propios de esteros y manglares que rodeaban su territorio.

Al hablar del territorio me refiero a Mulatos, la playa que los culimochos han heredado de sus ancestros y que es de las pocas áreas rurales que en el Pacífico, cuenta con una escritura que data de 1789. En este documento notarial conservado por los habitantes de la playa, se halla consignada parte de la historia de la playa: Mulatos de propiedad del Alférez Real Raimundo Montaña la cede a su sobrino Claudio de Reyna, de allí en adelante, todos quienes se consideren descendientes de alguno de los personajes citados son codueños del predio siempre y cuando compren acciones y se comprometan a seguir ciertas normas para vivir en dicha comunidad.

Fue desde éste ámbito territorial que los culimochos delimitaron su identidad, para más tarde aprender aquellas africanías musicales y rítmicas que sólo pudieron conocer a partir de un estrecho contacto con quienes antes fueran esclavos.

RELACIONES INTERÉTNICAS: Intercambio de saberes

No es propósito de este ensayo profundizar sobre los intercambios y prestamos culturales, aquí sólo quedan enumerados, pues este tema necesitaría otro espacio, sin embargo, son estas reciprocidades las que han materializado y dado sustento a las relaciones interétnicas.

Creo que muy pocas veces se piensa en las influencias que debieron experimentar los colonizadores españoles por parte de aquellos a quienes sometieron; de igual manera, poco se ha reflexionado sobre las transformaciones culturales que debieron sufrir las familias blancas que antaño dominaron la región pacífica colombiana, una vez roto el sistema colonial, al verse desprovistos de la tutela del centro y aislados al igual que libres y

cholos en los territorios de frontera desarrollados al margen del proceso de conformación nacional.

En este caso es preciso enfatizar como los culimochos construyeron una cultura propia a partir de los legados que poseían y a la vez de los préstamos de la cultura que localmente indígenas y afrodescendientes estaban desarrollando. El panorama de la situación que vivió la gente en esta región una vez terminó el auge minero es descrito por Germán de Granda:

Al perder interés para las autoridades centrales, desde el punto de vista económico, las zonas boscosas del litoral pacífico de clima malsano y población de escasísimo nivel socio-económico y cultural. Esta inmensa extensión territorial, del Chocó a Nariño, se convierte rápidamente, en un área marginal debido a la falta de comunicaciones fáciles, al abandono de las minas en manos de los descendientes de los antiguos esclavos, que las explotan por procedimientos primitivos y escasamente productivos [...] Y, como consecuencia, comienza la decadencia de los antiguos centros administrativos y comerciales de la costa pacífica [...] (que) se ven abocados, por el abandono de las minorías rectoras esclavistas, a una situación progresivamente degradada, incomunicados prácticamente con el resto del país, evitados por funcionarios y comerciantes por sus primitivas condiciones de vida y su nula capacidad de producción y consumo y empobrecidos por su dedicación a actividades marginales dentro de la estructura económica colombiana (1977: 85).

Aunque la descripción anterior está encaminada a resaltar las condiciones en las cuales quedó la gente negra, es evidente que los mismos síntomas debieron existir para los blancos que permanecieron en la región, cuyo único apoyo debió ser psicológico a la hora de identificarse y diferenciarse de los libres.

ESTEREOTIPO Y DISCRIMINACIÓN

La mayoría de las referencias mediante las cuales se ha conocido a los culimochos hacen alusión a la preservación de su identidad racial blanca sin cruzamiento con la gente negra (Yacup, 1976 y Merizalde, 1921) y Hoffmann (2000) por su parte anotó sobre el racismo, la discriminación y la exclusión que los culimochos han ejercido con respecto a los libres que les rodean. Durante mi trabajo de campo, escuché que en el pasado los antiguos de las playas no toleraban a la gente negra, por lo cual se escondían tras las rendijas de sus casas cuando estos llegaban a Mulatos, barrían sus pasos y botaban los vasos donde bebían agua. Los libres opinan que estos comportamientos llevaron a que los culimochos tuvieran fama de ser “poco amables y conversadores, muy fríos y secos para tratar”. Sumadas a la estricta endogamia que ellos han practicado, estas actitudes han llevado a que se singularicen por el racismo y la xenofobia. Sin embargo, es posible llegar a otras percepciones mediante un análisis profundo de las relaciones existentes y del contexto dentro del cual se han dado.

Mi conclusión es que esa poca tolerancia que los primeros culimochos manifestaron hacia la gente negra, es una actitud que puede ser interpretada como una pantalla con la que quisieron escudarse estos blancos, de las posibles agresiones por parte de antiguos esclavos que los superaban en número. El fantasma de la rebelión jamás fue extirpado y la alarma de la venganza, la sospecha del ataque violento y el resquemor por la brujería que los esclavos pudieran practicar fueron desasosiegos que tanto la iglesia como los mandatarios blancos alimentaron con mucha fuerza durante la época colonial y que debieron perdurar por algún tiempo en esta sociedad. De ahí la intención de alejarse o aislarse, y en éste propósito fue clave la posesión de un territorio escriturado.

Esa turbación y pánico debieron pasar, sin duda, a las siguientes generaciones ya ajenas a la esclavitud. No obstante, la intención inicial de impedir o restringir los contactos con la gente negra, sólo quedó en eso, en una intención, cómo lo demuestran los numerosos intercambios y el desarrollo de mutuos aprendizajes.

Pienso que las alusiones hechas por Hoffmann referentes a las “prácticas” y “valores racistas” (2000: 111) cultivados por los culimochos merecen una reflexión que tenga en cuenta el contexto dentro del cual estos comportamientos se han presentado. Si dentro del racismo las prácticas y saberes culturales del “otro” son juzgados como atrasadas, amorales y desordenadas. ¿Cómo puede comprenderse el aprendizaje y la identificación de los culimochos con prácticas como el currulao? Considerado por antonomasia como legado negro (Whitten, 1974).

Ello sólo es posible a partir de una profunda convivencia. Es innegable que las relaciones han sido conflictivas y que han estado viciadas por los prejuicios raciales heredados de la colonia, y los que aún son alimentados desde el interior del país. Del mismo modo no pueden ocultarse los antagonismos, ni las asimetrías.

No puede desconocerse que durante cuatro siglos y medio, en las épocas de la Colonia y República, la ideología racista dominó en todos los niveles de la sociedad colombiana sin mayor oposición (Pardo, 1996: 301), es necesario considerar que los culimochos se movieron dentro de esta lógica. A mi modo de ver, resulta obvio que durante el primer momento de convivencia se hiciera manifiesto el rechazo hacia el libre antes esclavizado. Evidentemente, no debió ser fácil verse empobrecidos, al mismo nivel del “otro”, haciendo las mismas labores manuales, agrícolas y pesqueras para sobrevivir.

A pesar del desarrollo particular de Iscuandé, para los hispanodescendientes no debió ser fácil deshacerse de prejui-

cios que se establecieron desde los tiempos coloniales. De este modo, el mecanismo más a la mano para reforzar su identidad, fue resaltar la alteridad ya existente. Mediante un alejamiento de las prácticas religiosas católicas, la especialización en el arte naval y la afirmación y difusión de una historia particular, los culimochos delimitaron su identidad.

Para Mauricio Pardo, la construcción de estereotipos sobre indígenas y negros fue fuente de autoridad para despojarlos, explotarlos y subordinarlos, a la vez que su territorio fue definido como despoblado por la legislación de baldíos desde 1870. Es por eso que el autor considera que es

[...] dentro de una matriz discriminatoria que deben verse las relaciones entre los diferentes sectores étnicos en el Pacífico. Son éstas relaciones complejas, ubicadas en distintos grados dentro de un espectro de explotación y dominación que, aunque obedece a unas tendencias generales, presenta parámetros fluidos y significados cambiantes tanto en el eje temporal como en el espacial” (Pardo,1996: 302).

Así, las concepciones estereotípicas que cada uno ha tenido sobre el “otro”, se han mantenido. Esas nociones se expresan mediante autodefiniciones étnicas que marcan la diferencia y los atributos dados a los “otros” los cuales suelen manifestar las tensiones en forma de burlas e insultos, cada uno de los cuales son mecanismos que permiten descargar las tensiones, logrando de cierta manera, equilibrar asimetrías.

Por ejemplo, los libres están todo el tiempo haciendo burlas y chistes sobre los culimochos y su manera de ser. *Todo culimochito tiene algo de pastuso* es una expresión común para referirse a cierta “incapacidad” de ellos para comprender bromas y palabras de doble sentido. Los libres los consideran poco aventajados y tímidos en cuestiones relativas al amor y al sexo y hacen chistes y sátiras sobre su marcada endogamia, acusándolos, además de “pecadores” por “incestuosos”, poco creyentes y religiosos. Muchos libres piensan que como casti-

go divino por sus “andanzas” la mar ha ido acabando con la playa de Mulatos, tal y como lo hizo con Boquerones, Domingo Ortiz, Los Reyes y en la actualidad en San Juan de La Costa, todas ellas playas pobladas por “magos” y “magas” (para referirse a las personas con algún grado de retardo físico o mental o con enfermedades congénitas).

Estas concepciones van en ambos sentidos, cada grupo tiene algo que recriminar al “otro”. Según Esteva Fabregat (1984: 37), el conflicto surgido del contraste cultural y en este caso histórico, siempre lleva a comparaciones, juicios por superioridad, y al ejercicio de estereotipos para ridiculizar o disminuir los valores de la otra etnicidad. Por ejemplo, las costumbres de los “otros”, diferentes a las propias son calificadas por oposición como reprochables; luego es común, que a ésta alteridad lejana, concurran la desconfianza, la falta de solidaridad y la diferenciación nominal (ibid).

Los culimochos, por su parte, conservan hacia la gente negra los estereotipos adquiridos desde la época colonial, y alimentados desde los Andes. Los consideran poco hábiles en las artes náuticas, aunque son buenos pescadores y músicos, son “mañosos” y “viciosos”, (*toman demasiado trago, fuman y juegan en exceso*) “incontenibles” en cuanto al sexo se refiere, “dicharacheros” y “mentirosos” para conquistar a las mujeres. En el aspecto religioso los consideran “fanáticos” y “supersticiosos”.

Para Fabregat, la imagen que cada uno tiene del otro es una clase de información que sirve para orientar la relación entre ambos. Esta imagen tiende a reforzar los estereotipos existentes capaces de movilizar la emocionalidad o la capacidad conflictiva de la gente (1984: 41). Cómo dije en la introducción, la convivencia no es el reino de la armonía y el equilibrio, las relaciones interétnicas suponen la existencia de antagonismos y diferencias, siendo la convivencia la manera como las diferencias y los conflictos se negocian.

Lo interesante de la conceptualización que cada grupo ha establecido sobre el otro, es encontrar la contradicción entre la existencia de un discurso excluyente con unas prácticas incluyentes. Desligar aquello que la gente piensa o dice de cómo actúa o se comporta, me permitió ver que las categorizaciones raciales impuestas por el sistema colonial de castas lograron un gran arraigo en la mentalidad de la gente, gracias a un largo proceso de aprendizaje, que se traduce en percepciones y conductas difíciles de “desmontar”. No obstante, esas concepciones no han sido impedimento para la adopción mutua de técnicas y patrones culturales, los cuales merecen otro espacio para su análisis.

BIBLIOGRAFÍA

- Almario Oscar & Castillo Ricardo. 1996. “Territorio, poblamiento y sociedades negras” en *Renacientes del Guandal. “Grupos negros” de los ríos Satinga y Sanquianga* pp. 57- 120 Medellín: Proyecto Biopacífico Min. del Medio Ambiente - Universidad Nacional de Colombia.
- Almario, Oscar. 2000. E-mail, enero 25
- Aprille-Gnisset, Jacques. 1993. *Poblamiento, Hábitat y Pueblos del Pacífico*. Cali: Universidad del Valle.
- Colmenares, Germán. 1976. *Historia Económica y Social de Colombia 1537 -1719* Bogotá: La Carreta
- _____ 1979. *Historia Económica y Social de Colombia*. Vol 2 Popayán: Una sociedad Esclavista 1689 -1800 Bogotá: La Carreta
- De Granda, Germán. 1971. “Onomástica y procedencia africana de esclavos negros en las minas del sur de la gobernación de Popayán Siglo XVIII» en *Revista Española de Antropología*, Volumen 6 pp. 381-422 Madrid: Facultad de Filología y Letras Universidad de Madrid.
- _____ 1977. “Dialectología, historia social y sociología lingüística en Iscuandé (Departamento de Nariño” en *Estudios sobre un área hispanoamericana de población negra. Las tierras bajas occidenta-*

- les de Colombia* pp. 68-93 Bogotá: Biblioteca de Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo.
- Esteva Fabregat, Claudi. 1984. *Estado, Etnicidad y Biculturalismo*. Barcelona: Ediciones Península.
- Hoffmann, Odile. 1999. "Sociedades y Espacios en el Litoral Pacífico Sur Colombiano Siglos XVIII -XX" en Michel Agier, Odile Hoffman et al. *Tumaco Haciendo ciudad*. pp 15-53 Cali: ICAN, IRD y Universidad el Valle.
- _____. 2000. "La movilización identitaria y el recurso de la memoria (Nariño, Pacífico colombiano)" en Marta Zambrano y Cristóbal Gnecco (Eds) *Memorias Disidentes, Memorias Hegemónicas. El pasado como política de la historia*. pp. 97-120 Bogotá: ICANH
- Leal, Claudia. 1998. "Manglares y Economía Extractiva" en Adriana Maya *Los Afrocolombianos Geografía Humana de Colombia* tomo IV pp. 397-430 Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
- Mc. Farlane, Anthony. 1991. "Cimarrones y Palenques en Colombia: siglo XVIII" en *Historia y Espacio*, N° 14 junio de 1991 pp. 53-78 Cali: Universidad del Valle.
- Merizalde, P. Bernardo y Recoleta. 1921. *Estudio de la Costa colombiana del pacífico*. Bogotá: Imprenta del Estado Mayor General.
- Mosquera, Gilma. 1993. «La vivienda en el Chocó» En: *Colombia Pacífico*. Tomo II Bogotá: Pablo Leyva editor, Fen-Biopacífico.
- Pardo, Mauricio. 1996. "Movimientos Sociales y Relaciones interétnicas" en Arturo Escobar y Alvaro Pedrosa (investigadores) *Pacífico ¿Desarrollo o Diversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano* pp. 299 -315 Bogotá: CEREC Serie Ecológica N° 11, ECOFONDO Serie Construyendo el futuro N°3,
- Oliveros, Dahissy y Cárdenas, Franky. 1984. *Del Auge a La Marginalidad: La región de Iscuandé en el proceso de conformación nacional (1780 -1840)*. Trabajo de grado . Cali: Departamento de Historia, Universidad del Valle.
- Romero, Mario Diego. 1991. *Región, poblamiento y sociedad en la Costa Centro Sur del Pacífico Colombiano, Siglos XVI al XVIII* . Trabajo de grado. Cali: Departamento de Historia, Universidad del Valle.
- _____. 1995. *Poblamiento y Sociedad en el Pacífico colombiano siglos XVI al XVIII*. Cali: Editorial Facultad de Humanidades, Historia y Sociedad Universidad del Valle.